

Los obstáculos para la integración energética entre los países del Mercosur

Ignacio F. Lara¹³

El panorama energético mundial y el contexto sudamericano

El análisis del panorama energético mundial nos permite identificar tres áreas en las que se enlazan cuestiones ambientales, políticas, económicas y geoestratégicas. En primer lugar, se destaca el devenir del mercado mundial de los hidrocarburos, que continuarán siendo los principales recursos energéticos utilizados. La demanda mundial de petróleo, de poco más de 87 millones de barriles al día en 2010, llegaría a los 105 millones de barriles al día en el 2030, con un papel protagónico de los países en vías de desarrollo. Sin embargo, la expansión de la demanda no se vería adecuadamente acompañada por la oferta de petróleo, lo cual podría repercutir seria y negativamente sobre el precio del crudo (IEA, 2011; Jansen et. al, 2011).

En segundo lugar, se destacan las preocupaciones en materia de medio ambiente y cambio climático, particularmente respecto a las emisiones de CO₂ vinculadas al consumo energético, que podrían aumentar un 1,5% anual entre 2007 y 2030, llegando a 40,2 giga-toneladas (IEA, 2009).

Una tercera dimensión, de mayor relevancia luego de Fukushima, se concentra en el desarrollo de la energía nuclear. Se puede apreciar un notable consenso en la sociedad civil

para abandonar definitivamente su uso, como lo demuestran las decisiones de Alemania y Japón de terminar con sus programas nucleares.

Sudamérica no ocupa una posición relevante, a nivel mundial, en ninguna de estas tres dimensiones. Excepto Venezuela,¹⁴ los niveles de reservas mundiales de petróleo (poco menos del 2%) y de gas natural (1,4%) en América central y del sur son relativamente bajos cuando se los compara con otras regiones del mundo. A su vez, la región representa el 7% del petróleo, el 4% del gas natural y el 1% del carbón consumidos mundialmente en 2010 (EIA, 2011). De igual manera, presenta bajos índices de emisiones de CO₂ ligados al consumo energético – 3,5 en 2005 y se proyecta un 3,9 en 2030 – (Acquatella, 2008) y sólo dos países (Argentina y Brasil) poseen instalaciones de generación de energía nuclear. Sin embargo, la región tendrá que considerar las tendencias anteriormente descriptas al momento de concebir sus políticas energéticas.

Pese a la baja interdependencia comercial en materia energética¹⁵, una de las opciones mayormente sostenida por algunos gobiernos e instituciones regionales es la de integrar los mercados energéticos. Sudamérica poseería importantes ventajas para la definición de una agenda energética integrada que le permita obtener un resultado doble: superar los actuales obstáculos de los respectivos mercados energéticos siguiendo las propias prioridades y obtener los beneficios asociados que derivarían de un rol pro-activo en la agenda internacional sobre el cambio climático (Acquatella, 2008).

No obstante los beneficios de la integración energética hayan sido ampliamente demostrados en términos económicos (Campodónico, 2004; Linkohr, 2006), resulta imprescindible analizar la factibilidad que un proceso de este tipo pueda concretizarse en la región. Es por esto que a continuación se tratará de esbozar algunos de los obstáculos que presenta la integración energética y su efectiva realización entre los países miembros del Mercosur.

13. Organização das Nações Unidas (ONU).

14. Miembro fundador de la OPEP (Organización de Países Productores de Petróleo), en el 2011 cuenta con el 14,35% de las reservas mundiales de petróleo, el 2,6% de las reservas mundiales de gas natural y en 2009 ha sido el décimo-primer exportador mundial de crudo (EIA, 2011).

15. La mayor parte de las exportaciones de Venezuela, Colombia y Ecuador de destinan a Estados Unidos. En el 2010 Venezuela exportó 987.000 barriles al día, ubicándose al quinto puesto entre los principales proveedores de dicho país. A nivel de comercio de gas natural y electricidad, los porcentajes son relativamente bajos cuando se los compara con el consumo total. Sólo tres países obtienen una parte sustancial de sus necesidades en términos de gas natural mediante las importaciones: Uruguay (100%), Chile (61,6%) y Brasil (41,8%), y solo un país (Bolivia) aparece como el principal abastecedor, exportando el 83,3% de su producción. La situación del intercambio energético es aún más baja en el sub-sector de la energía eléctrica, ya que ningún país supera el 10% de importaciones (en relación a su demanda interna), y las mayores transacciones se realizan a través de las centrales hidroeléctricas binacionales de Itaipú y Yaciretá.



La debilidad de la integración

Los procesos de integración regional han sufrido importantes cambios respecto a la concepción original con la que fueron creados. La Comunidad Andina de Naciones se ha debilitado fuertemente gracias a una diversidad de factores, como el abandono de Venezuela (2006), la firma de tratados de libre comercio de algunos de sus miembros con los Estados Unidos, y la intención de Bolivia y Ecuador de seguir los pasos de Venezuela e incorporarse al Mercosur.

El Mercosur se encuentra también bajo importantes transformaciones respecto al proyecto original, surgido en un ambiente de política económica fuertemente influenciada por los preceptos neo-liberales y el denominado Consenso de Washington. En sus primeros años, los países del Cono Sur registraban tasas positivas de crecimiento económico y un notable aumento en la interdependencia comercial. Sin embargo, las crisis económicas sufridas por algunos de estos países a fines de los años 90 han producido un notable *impasse* en el desarrollo del Mercosur, cambiando la orientación política de los proyectos de integración regional. Es así que actualmente se habla de *regionalismo post-liberal* (Da Motta Veiga y Rios, 2007), el cual critica las políticas neoliberales y considera más conveniente un enfoque que privilegie las políticas nacionalistas.

Dichos cambios en el ambiente económico han llevado a que los gobiernos del Mercosur apuntaran a profundizar la dimensión política de la integración. Sin embargo, no se ha avanzado en el perfeccionamiento de la zona de libre comercio ni en la completa constitución de la unión aduanera, y continúan las disputas comerciales entre Argentina y Brasil, como lo demuestran las últimas controversias sobre el comercio de autos entre ambos. A esto se suman los reclamos de Uruguay y Paraguay para zanjar el problema de las asimetrías y de la redefinición del proceso integrador. Por último, la demora en el congreso paraguayo para permitir el efectivo ingreso de Venezuela al Mercosur demuestra la falta de consenso entre los países del bloque y los problemas en la internalización de las decisiones acordadas.

A su vez, se agrega una novedad en la sub-región: al ascenso de Brasil al estatus de *poder emergente*, que comparte con China, India, Rusia y Sud África (Brics). Considerando sus dimensiones cualitativas y cuantitativas, Brasil sería el motor *natural* de la integración regional sudamericana. Sin embargo, su reticencia a actuar como el *financiador* de la integración (Malamud, 2011), y ante a la falta de apoyo de sus socios sudamericanos en sus iniciativas exteriores,¹⁶ se vislumbra un mayor acercamiento brasilero hacia los otros poderes emergentes.

La diversificación del comercio brasilero ha significado una importante lección para el país: el aspecto económico-comercial no es suficiente para profundizar al proceso de integración con sus pares del Cono Sur (Mendes da Fonseca y Duque Dutra, 2007). Brasil ocupa actualmente una situación de privilegio en la escena internacional y se ha convertido una *marca registrada* valiosa (Hakim, 2010). Si inicialmente sostenía la tesis que para conseguir sus objetivos de política exterior necesitaba del apoyo y consenso de la región, los hechos han demostrado al Brasil que éstos pueden ser logrados sin ostentar el título de líder regional (Malamud, 2011).

El retorno del interés nacional

Durante los años 90, las políticas de reforma estructural y estabilización macroeconómica habían logrado aplacar un grave problema para la región: la inflación. A su vez, la liberalización comercial y financiera habían avanzado fuertemente y algunas economías experimentaban considerables tasas de crecimiento. Sin embargo, hacia fines de dicha década, comienza la denominada *media década perdida* (1998-2002), en referencia al estancamiento económico que habría llevado luego a importantes crisis económica e institucionales,¹⁷ y la causa de la situación adversa se encuentra en el modelo económico neoliberal sostenido por el Consenso de Washington.

Simultáneamente toma vigor el llamado “giro hacia la izquierda”, que denotaba la llegada al poder de presidentes con una orientación progresista y que, en algunos casos, significaba el regreso de prácticas populistas. El agravamiento de la crisis de representación, sumado a la frustración provocada por la situación económica, habrían sido elementos decisivos para el rebrote de posiciones radicales que proponían un modelo de democracia mayormente participativa.

Según Gratius (2007), el populismo es característico de los regímenes sudamericanos que no han terminado su proceso de construcción de la democracia y del Estado nacional. Por ello, lo define como un régimen híbrido, caracterizado por: una relación directa entre el líder y el pueblo a través de una estructura vertical del poder, la llegada de *outsiders* con una posición anti-oligárquica, un gran apoyo de las masas, la inclusión de sectores previamente marginados, la debilitación de las instituciones democráticas tradicionales, y la ausencia de una ideología o programa político.¹⁸

16. Como por ejemplo ante el pedido brasilero de un puesto como miembro permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, o durante las candidaturas brasileras para ocupar la dirección de la Organización Mundial del Comercio y del Banco Interamericano de Desarrollo. Sobre la ausencia un apoyo de los países sudamericanos a las iniciativas brasileras ver el artículo de Malamud (2011) y el artículo de Schrim S.A. (2010), “Leaders in need of followers: Emerging powers in global governance”, *European Journal of International Relations*, Vol. 16, n. 2, pp.197-221.

17. El caso más representativo ha sido el de Argentina, que luego de tres años consecutivos de contracción económica, experimenta a fines de 2001 una fuerte crisis económica e institucional.

18. De todos modos, sobre éste último aspecto, vale la pena recordar que una de las características de los gobiernos de Chávez, Morales y Correa es la adopción de los preceptos del denominado *socialismo del siglo XXI*, motivo por el la ausencia de ideología mencionada por Gratius puede ser contestada.



El actual período populista coincide con la redefinición del rol del Estado nacional en la vida económica de los países de la región. Importantes zonas de la economía nacional fueron re-nacionalizadas, retomándose también el uso de políticas de subsidio económico y de gestión de políticas para controlar los precios internos y la inflación. En algunos casos los recursos naturales se demostraron fundamentales y el uso de las ganancias provenientes de los hidrocarburos ha sido decisivo para llevar adelante sus políticas internas y externas.

Una de las mayores críticas que se le hace a estos regímenes es la división maniquea entre *amigos y enemigos* (Paramio, 2006), ya que es en estos términos que sus líderes plantean la necesidad de construir una alternativa a la democracia representativa liberal. La rigidez y la polarización con la cual gobiernan internamente se repiten, en ciertas circunstancias, en su relación con el exterior. El análisis de la política externa de Venezuela, Bolivia y Ecuador con EEUU (Estados Unidos), con algunas organizaciones regionales – como la OEA (Organización de los Estados Americanos) o el BID (Banco Interamericano de Desarrollo) –, e incluso con algunos de sus pares regionales – como con Colombia y Brasil –, muestra en qué modo se replican externamente las dinámicas políticas internas de estos países (Lara, 2011a).

Sin embargo, no existe un consenso sobre la influencia del rebrote nacionalista-populista sobre los actuales procesos de integración. Por una parte, se sostiene que la profundización del Mercosur, con una mayor énfasis en la reducción de las asimetrías, es una prueba que el mayor nacionalismo de las políticas de gobierno no es un obstáculo serio para el proceso de integración regional (Christensen, 2007). Por otra parte, Malamud (2007), sostiene que nacionalismo y populismo, dos elementos de continuidad en el pasaje del siglo pasado a la actualidad, son factores que obstaculizan el acercamiento y el entendimiento entre los países. El nacionalismo latinoamericano contribuiría a separar los Estados de la región, más allá de la cercanía geográfica y de los lazos cordiales que previamente pudieran unirlos.

La cuestión energética en Sudamérica y en el Mercosur

Según Ruiz Caro (2010), la integración energética es un proceso que se lleva adelante mediante la concretización de mecanismos de complementariedad y cooperación, en pos de mejorar la competitividad de las economías y de asegurar su crecimiento en modo sostenible.

De todos modos, un proyecto ambicioso como la integración energética necesita de una condición indispensable para su efectivización: el liderazgo de un Estado dispuesto a impulsar dicho proceso y a asumir gran parte de los costos políticos y económicos que comporta (Sohr, 2006). Como ya se ha hecho mención, el actor que debería cumplir esta función (Brasil) no

parece tener alguna intención de hacerlo, como tampoco sería proclive a permitir que otro país (como Venezuela) la recubra. Se ha formulado la hipótesis de que la concreción de la integración energética en el Mercosur podría dinamizar el actual proceso de integración regional. Como sostienen Schmitter y Malamud (2006), la situación del Mercosur exige la identificación de una o más áreas funcionales en grado de producir beneficios importantes para sus participantes y que puedan ser tratadas separadamente de otros sectores integrados o por integrar en la sub-región. La energía es uno de los sectores potencialmente válidos para cumplir este rol, dado que un acuerdo en este ámbito podría disparar un efecto *spillover* que reforzaría el Mercosur y lo haría avanzar en su camino hacia la concreción del mercado interno.

Sin embargo, el tratamiento del tema energético en el Mercosur no parece reflejar las potencialidades que éste tendría ni la voluntad expresada por los presidentes del Cono Sur sobre los avances en dicha materia. Pese al optimismo reinante a mediados de los años 90, sustentado por la resolución 150/96 *Líneas de Negociación del SGL 9 "Energía"*, el *Memorandum de Entendimiento relativo a los intercambios Eléctricos e Integración Eléctrica del Mercosur* (Mercosur/CMC/DEC, n. 10/98), y el *Memorandum de Entendimiento relativo a los intercambios gasíferos y la Integración gasífera entre los Estados partes del Mercosur* (Mercosur/CMC/DEC, n. 10/99), la falta de acciones concretas por parte de los gobiernos mostraba la otra cara del triunfalismo integracionista.

Mientras el sector privado actuaba con estrategias regionales, principalmente en el campo de la energía eléctrica y del gas natural, creando las condiciones para establecer una serie de interconexiones transfronterizas en la sub-región, los gobiernos no seguían esta tendencia. El desajuste entre las estrategias del sector privado y la lenta reacción de los gobiernos del Mercosur reforzaba las posiciones de quienes sostenían la necesidad de un acuerdo efectivamente realizable entre estos países.

Sin embargo, con el pasar de los años, el interés sobre la integración energética se trasladó hacia la región sudamericana. Los cambios en los alineamientos políticos de la última década han llevado también a una redefinición de lo que se entiende por integración energética, la cual se basa no ya en la

"privatización de las empresas del sector, la apertura comercial y la desregulación" sino más bien se tiende a "rescatar un papel más activo del Estado en las actividades energéticas y a hacer del planeamiento estatal de los mercados energéticos un instrumento indispensable en la canalización y coordinación de las inversiones de los agentes privados y públicos (Ruiz Caro, 2010: 14)."



Apesar de dicho re-direccionamiento en la orientación política, no parece que el rol dado al Estado nacional haya favorecido una mayor convergencia en este campo.

El nacionalismo energético

El sector energético nos ofrece la posibilidad de analizar las consecuencias del aumento del nacionalismo en algunos países de la región, donde las medidas unilaterales tomadas en pos de la defensa de los intereses nacionales han representado un freno para la integración.

La redefinición de los ámbitos de acción del sector público y del sector privado de los '90 se tradujo en la pérdida del rol empresarial del Estado y de sus capacidades de intervención en las políticas públicas sectoriales. Una década después, *el retorno del Estado* se ha dado en modo extensivo y esta tendencia se demuestra particularmente nítida en el sector energético.

Si bien el nacionalismo energético no es una novedad, según Mabro (2007) actualmente existen algunas innovaciones respecto al pasado, principalmente en el sector petrolífero. El resurgimiento del nacionalismo petrolero, como en Venezuela y Bolivia, sería una consecuencia de la contrariedad ante las políticas energéticas impulsadas en las décadas anteriores. El alza del precio del petróleo, iniciada en 2003, desencadenó un doble efecto que habría impulsado una mayor intervención estatal en el sector petrolero ya que:

“cristalizó la percepción de que el porcentaje de los ingresos derivados del petróleo que iban a parar a manos del Gobierno en virtud de los contratos existentes era demasiado bajo y, por otro lado, dio a los gobiernos la confianza necesaria para crear confrontación, al no necesitar tanto los aportes financieros de los inversores extranjeros como antes” (Mabro, 2007: 6).

En lo que respecta a la energía eléctrica, dos casos han contribuido al aumento de la rigidez en el Cono Sur: los reclamos paraguayos a Brasil y Argentina para modificar los términos contractuales de la gestión de las represas binacionales de Itaipú y Yaciretá, respectivamente. En los dos casos el foco de tensión es el mismo: el pedido de Paraguay de disponer a voluntad del excedente de energía eléctrica producido y no consumido en estas dos centrales y el monto de los pagos que recibe por parte de Brasil y Argentina por el suministro obligatorio de la energía proveniente de Paraguay. El gobierno de Lugo ha pedido reconsiderar las deudas estipuladas para la construcción de las centrales hidroeléctricas, aduciendo su ilegitimidad, ya que habían sido pactadas con un gobierno dictatorial (Ruiz Caro, 2010). Sin embargo, el pedido del presidente paraguayo se ve frenado por la defensa de los intereses nacionales brasileños y argentinos, más allá que en los foros regionales ambos países se presenten como firmes soste-

nedores de la integración regional y de la necesidad de cooperar en materia energética.

En lo que respecta el gas natural, se destacan tres situaciones no menos conflictivas en el Cono Sur. La primera incluye las tensiones entre Brasil y Bolivia luego de la renacionalización de los hidrocarburos en el 2006, la cual causó una grande tensión con los países inversores. Brasil poseía el control del 43% de las reservas probadas y estimadas de gas natural boliviano, con inversiones –desde el 1994– del orden de los 1,5 mil millones de dólares. A raíz de dicha medida, Petrobras decidió cancelar los proyectos para expandir la capacidad de transporte de Gasbol –el gasoducto que une ambos países– y anular las inversiones planificadas para el periodo 2007–2011. A su vez incentivó la construcción de plantas de regasificación de LNG y una mayor inversión en la exploración y producción de gas natural en territorio brasileiro (Arriagada, 2006).

El segundo caso de tensión es el de Argentina y Chile, cuya interconexión gasífera –formada por siete gasoductos – se presentaba como un ejemplo de las potencialidades integradoras que podía explotar la región. En el 2004 Argentina tuvo que afrontar una severa crisis energética que puso en evidencia las consecuencias negativas de los techos impuestos por el gobierno nacional a los precios de la energía y que dejaba a la luz la falta de inversiones precedentes en el sub-sector. Dicha crisis llevó a frenar las exportaciones de gas hacia Chile, que dependía del gas argentino para cubrir sus necesidades energéticas. A su vez, la necesidad de importar gas de Bolivia hizo que el gas argentino sufriera un aumento para sus compradores en Chile, Uruguay y Brasil. Consecuentemente, el gobierno de Bachelet decidió lanzar el Plan de Seguridad Energética, que incluía la construcción de plantas para re-gasificar LNG (*Liquified Natural Gas*) (Ruiz Caro, 2010).

El tercer caso conflictivo se refiere a la relación entre Bolivia y Argentina. La crisis energética antes mencionada obligó al gobierno argentino a reactivar el funcionamiento del gasoducto que unía ambos países (Yabog) y a retomar las importaciones de gas natural boliviano, cuyo precio había aumentado. El acuerdo realizado entre Morales y Kirchner incluía un nuevo precio por el gas que Argentina importaba – aumento del 56% –, pero tuvo que ser renegociado ya que Bolivia no podía hacer frente a los compromisos pactados. En 2010 los gobiernos de ambos países acordaron que Bolivia habría de exportar 11 millones de metros cúbicos al día en 2011 – en coincidencia con la inauguración del Gasoducto Juana Azurduy –, pero la necesidad de cubrir su mercado interno, la falta de inversiones y los compromisos ya contraídos con Brasil han hecho que en reiteradas ocasiones Bolivia no pudiese cumplir con las cantidades pactadas.



Consideraciones finales

En ese trabajo se han analizado los diversos factores que pueden obstaculizar el surgimiento de una política energética integrada entre los países que forman parte del Mercosur. En primer lugar, el impulso integrador se ha visto influenciado por los cambios en el ambiente de las políticas económicas sostenidas por los gobiernos del Conos Sur. Sin embargo, el debilitamiento de la atención sobre los temas comerciales no ha producido mayores avances en la dinámica del proceso. A los magros resultados obtenidos se contraponen una retórica triunfalista, que parece ignorar los verdaderos desafíos que supone una real integración entre los países de la sub-región. A su vez, el proceso de integración parece haber perdido el actor natural en grado de propulsar la integración en Sudamérica: Brasil.

A dicha situación se suman los efectos adversos del nacionalismo y las iniciativas de los gobiernos con una orientación política radicalizada. El análisis de las medidas tomadas en el sector energético han dejado a la luz en qué modo el nacionalismo puede convertirse en un fuerte obstáculo para la profundización de la cooperación. Es por ello que, en el caso que se decidiera pensar en una estrategia de integración energética regional, se vuelve imperioso el abandono del denominado *patriotismo económico* (Sohr, 2006). De este modo, se podría dar lugar a iniciativas destinadas a la integración basadas en decisiones políticas coordinadas entre las distintas partes, con una visión de largo plazo, y que den un rol prevaleciente a las innovaciones en materia energética.

No han existido logros relevantes en Sudamérica a nivel de negociaciones energéticas multilaterales, y los pocos avances creados a través de acuerdos bilaterales han sufrido fuertes tensiones en los últimos años. El análisis sobre el estado de las relaciones bilaterales en materia de intercambio de energía eléctrica y gas natural muestra un constante incumplimiento de los acuerdos firmados y/o la necesidad de reconsiderar los términos en los cuales éstos han sido establecidos.

Las consecuencias negativas sobre los flujos de inversión, las tensiones creadas en el suministro de energía y las menores posibilidades de innovación que se derivan del nacionalismo energético son obstáculos notables para una mayor cooperación en el ámbito energético. El problema no reside sólo en el hecho de que estos sectores se vuelvan menos favorables al mercado, sino más bien que se puede obstaculizar la formación de una visión consensuada que apunte a impulsar cualquier tipo de iniciativa integracionista.

Desde el ámbito discursivo, ningún gobierno de la región ha omitido sostener la energía como un tema fundamental de la integración regional, más allá de que sus decisiones en pos de proteger el *interés nacional* hayan luego erosionado las bases para un mayor entendimiento en este ámbito. Lo expuesto en este artículo nos debiera llevar a considerar las motivaciones que hacen que algunos gobiernos embanderen las consignas integracionistas cuando, en realidad, los hechos demuestran o que no existe suficiente voluntad política para llevarlas adelante o que cada actor entiende algo distinto por integración regional.

Referencias

- Acquatella, J. (2008) *Energía y cambio climático: oportunidades para una política energética integrada en América Latina y el Caribe*, Colección Documentos de Proyectos, Santiago de Chile Cepal.
- Arriagada, G. (2006) *Petróleo y gas en América Latina. Un análisis político y de relaciones internacionales a partir de la política venezolana*, Documento de Trabajo 20, Madrid, Real Instituto Elcano.
- Campodónico, H. (2004) *Reformas e inversión en la industria de hidrocarburos de América Latina*, Serie Recursos Naturales e Infraestructura, n. 78, Santiago de Chile, Cepal.
- Da Motta Veiga, P.; Rios, S. (2007) *O regionalismo pós-liberal, na América do Sul: origens, iniciativas e dilemas*, Serie Comercio Internacional, n. 82, Santiago de Chile, Cepal.
- EIA (2011) *World Energy Outlook 2011*, Washington D.C., Energy Information Administration.
- Gratius, S. (2007) Brasil en las Américas: ¿Una potencia regional pacificadora?, *Working Paper N° 35*, Madrid, Fride.
- Hakim, P. (2010) O Brasil em ascensão: os desafios e as escolhas de uma potência global emergente, *Politica Externa*, Vol. 19, n. 1, pp. 43 – 53.



- IEA (2009) *World Energy outlook 2009*, Paris, International Energy Agency.
- IEA (2011) *World Energy outlook 2011*, Paris, International Energy Agency.
- Janssens, T.; Nyquist, S.; Roelofsen, O. (2011), Another oil shock?, *McKinsey Quarterly*, Nov, pp. 2-11.
- Kozluj, R. (2004) *La industria del gas natural en América del Sur: situación y posibilidades de la integración de mercados*, Serie Recursos Naturales e Infraestructura, n. 77, Santiago de Chile, Cepal.
- Lara, I. F. (2011) *Integrazione Regionale e Investimenti Diretti Esteri. Il Caso del Mercosur*, Milano: EDUCaT.
- Lara, I. F. (2011a) Resource curse, populism and foreign policy in South America, in Beretta, S.; Zoboli, R. (eds.), *Crisis and Change. The Geopolitics of Global Governance*, Milan, Vita e Pensiero, pp. 239-262.
- Linkohr, R. (2006) La política energética latinoamericana: entre el Estado y el mercado, *Revista Nueva Sociedad*, n. 204, pp. 90-103.
- Malamud, A. (2007) Drifting apart: old and new cleavages in Latin America, prepared for delivery at the International Conference *Election Year 2006: Latin America at the Crossroads (Again)?*, Prague, University of Economics, Nov 23rd.
- Malamud, A. (2011) A Leader without Followers? The Growing Divergence Between the Regional and Global Performance of Brazilian Foreign Policy, *Latin American Politics and Society*, Vol. 53, Issue 3, pp 1-24.
- Mabro, R. (2007) *El nacionalismo petrolero, la industria del petróleo y la seguridad energética*, ARI, n. 114, Madrid, Real Instituto Escano.
- Mendes da Fonseca, M.; Duque Dutra, L.E. (2007) *Energy Integration in South America: Driving Force for Regional Integration Process?*, Paper prepared for the Fifth ELSNIT Annual Conference on Integration and Trade, Oct 26th-27th.
- Muñoz Ramos, A. (2004) *Fundamentos para la Constitución de un mercado común de electricidad*, Serie Recursos Naturales e Infraestructura, n. 73, Santiago de Chile, Cepal.
- Olade (2009) *Energy Statistics Report 2009*, Quito, Olade.
- Paramio, L. (2006) Giro a la izquierda y regreso al populismo, *Revista Nueva Sociedad*, n. 205, pp. 62-74.
- Ruiz Caro, A. (2010) *Puntos de Conflicto de la cooperación e integración energética en América Latina y el Caribe*, Division de Recursos Naturales e Infraestructura, n. 148, Santiago de Chile, Cepal.
- Schmitter, P.C.; Malamud, A. (2006) La experiencia de integración europea y el potencial de integración del Mercosur, *Desarrollo Económico*, Vol. 46, n. 181, pp. 3-31.
- Sohr, R. (2006) Energía y seguridad en Sudamérica: más allá de las materias primas, *Revista Nueva Sociedad*, n. 204, pp. 150-158.